

Celia Cruz,

La Reina en la península

Enrique Collazo
Historiador y Periodista

A lo largo de su dilatada carrera artística, e incluso después de su desaparición, los homenajes y reconocimientos recibidos por Celia Cruz, La Guarachera de Cuba, son expresión del valor y la trascendencia que alcanzó su figura ya no solamente en el ámbito continental americano, sino también a nivel internacional.

Esta amplia repercusión de su obra, y su condición de excepcional intérprete de la música cubana, han contribuido a la difusión por todo el mundo de nuestro mayor tesoro cultural. Asimismo, por medio de sus extensas y exitosas giras, la formidable artista, arropada por extraordinarias bandas y precedida por su grito de guerra (¡Asúcaaa!), simbolizó la bandera de esa Cuba libre que sufría el desarraigo del exilio y que, gracias a su canto, encontró un modo efectivo de manifestar su dolor y sus anhelos de libertad.

La crónica de su origen humilde y de los inicios de su carrera como cantante y sonera,

ha llenado muchas páginas de periódicos, revistas y medios virtuales. También sus declaraciones en shows televisivos y durante la entrega de premios Grammys han captado la atención de los medios, pues, más allá de ser un auténtico mito, Celia Cruz encarnaba el sentimiento de rechazo de un pueblo por la dictadura que lo oprime.

La sonera nació en 1925 en el barrio de Santos Suárez, en La Habana, y siendo apenas una niña se ganó su primer par de zapatos cantando para una pareja de turistas. Desde muy joven comenzó a cantar en programas de la radio cubana como “La hora de Té”, que no eran más que concursos “caza-talentos” en los cuales sólo se ganaba un *cake* o la oportunidad de participar en otros certámenes, hasta que fue contratada como cantante de coros de la estación Radio Cadena Suaritos. La misma Celia reconoció en diferentes ocasiones que sus ídolos de juventud eran Abelardo Barroso (excepcional cantante cubano con un timbre de



Celia Cruz en diferentes momentos de su vida artística

voz reverberante) y Paulina Álvarez, cantante matancera y aventajada intérprete del danzónete.

En 1950 le llegó su primera gran oportunidad. Fue llamada por La Sonora Matancera para que cubriera la vacante dejada por su cantante de plantilla. A partir de aquí su prestigio como sonera fue en aumento, en toda Cuba y también en América Latina, por donde viajó con la banda, a la que estuvo ligada durante 15 años. En esta etapa concibe su famoso sello de identidad: ¡¡Asúcaaa!! Sobre esta primera época, el afamado cantante cubano -ya desaparecido- Tito Gómez, excepcional intérprete de *Vereda Tropical*, solista de la Orquesta Riverside y más tarde de la Orquesta de Enrique Jorrin, dijo que con el brillo de su voz Celia llegaba a una altura inalcanzable para las otras cantantes cubanas del momento. De ahí el favor popular de que gozó, y su rotundo éxito.

En 1960, mientras efectuaban una gira por América Latina, Celia Cruz y La Sonora Matancera decidieron no regresar a Cuba. No estaban de acuerdo con el rumbo comunista que había tomado la revolución, y se establecieron en los Estados Unidos. Luego, en 1965, Celia y su marido abandonaron la orquesta para hacer carrera en solitario. Su trayectoria, asociada a músicos latinos bien acreditados en Nueva York, como Tito Puente, Larry Harlow, Johnny Pacheco, Ray Barreto y Willie Colón, entre otros, así como a instituciones salseras

como la Fania All Stars, se consolidó definitivamente. Su esposo Pedro Knight devino su manager. Es por estos años de la década del 70 que relanza su carrera, realizando giras con la Fania por América Latina, Inglaterra, Francia y Zaire, y participando en macro-conciertos con auténticas celebridades de la salsa, en los que la única voz femenina, y cubana, era la suya.

En 1990, Celia ganó un premio Grammy en la categoría de Best Tropical Latin Performance, por su álbum con Ray Barreto *Ritmo en el corazón*. Asimismo, durante esta década, cantó a dúo con relevantes figuras de la salsa y la música popular, como Oscar D'León, Willie Colón, José Alberto El Canario, Willy Chirino, Ángela Carrasco, Johnny Ventura, Cheo Feliciano, India, Caetano Veloso e, incluso, con el afamado tenor italiano Luciano Pavarotti. Con este último cantó en vivo *La Guantanamera*.

Podría decirse que la década de los 90 fue la más pródiga para Celia en cuanto a giras internacionales, discos grabados y premios obtenidos. Incluso, participó en documentales y películas, como *Los reyes del mambo*. Muestra de ello es la intensa huella que dejó en el público español, quien disfrutó a plenitud con sus conciertos por toda la península y sus presentaciones en televisión. Para acompañar a La Reina en sus actuaciones en España, se improvisaba una banda compuesta básicamente





te por experimentados músicos panameños y cubanos establecidos en dicho país. Con cierta anticipación, éstos recibían las partituras del repertorio a interpretar por Celia y ensayaban convenientemente, con el objetivo de arropar musicalmente a la mítica intérprete. Es precisamente esta faceta poco conocida de Celia, la que pretendemos reflejar en este ensayo.

La Reina en la península

Manuel Machado es un trompetista cubano residente en España desde 1992, graduado de La Escuela Nacional de Arte de La Habana. Desde hace años es un músico de estudio muy reclamado por diversas agrupaciones y solistas de renombre en la península. De acuerdo con este virtuoso del viento-metal, la generación de músicos cubanos formada en el capitalismo es muy exigente en cuanto a calidad. Sin embargo, por otra parte, los integrantes de la misma han mostrado siempre su lado más humano en el trato con sus colegas y con su público.

Según Machado, Celia, al igual que Bebo Valdés —otra gloria de la música cubana, afincado en Suecia desde 1960—, recordaban y recuerdan a Cuba y a La Habana como si no hubieran pasado los años. La fuerza expresiva de Celia admiraba a Machado, quien guarda en su memoria las frases que La Reina solía emplear para saludar a los músicos una vez que

entraba en contacto con ellos: “Bueno, ¿qué? ¿Cómo está la cosa? ¿Echamos pa’lante, no?”

Asimismo, el trompetista afirma que Celia era una artista con mucho don de gentes, capaz de echarse al público en el bolsillo cuando salía al escenario. Por otra parte, continúa Machado, sentía respeto y adoración por su esposo y manager Pedro Knight, mientras que halagaba a todos los músicos, quienes la consideraban una madre. A él mismo le llamaba “El Negrón”. Para animarlo en sus solos, le soltaba: “¡Sopla, Santa Clara!” —ciudad de procedencia de Machado.

Otro de los aspectos que impresionaron a Machado fue el hecho de que Celia, aunque compartiera con cubanos, jamás conversaba sobre la situación política en Cuba. O sea, que la cantante no mezclaba los temas profesionales con los políticos, por más que el dolor por no poder volver a su Cuba añorada estuviera siempre presente.

En la sección rítmica acompañaba a Celia, en sus galas por toda España, el camagüeyano Moisés Porro, graduado de percusión de la Escuela Nacional de Arte en Camagüey, y maestro de la batería. Porro ejecutaba las congas. La imagen que guarda de La Guarachera de Cuba es la de una artista muy sencilla y afable, que conversaba con los músicos, e incluso con los familiares de éstos, como si los conociera de toda la vida. También le llamó la atención que Celia, a pesar de su bien ganada fama, jamás



fuera de diva: se entregaba en cuerpo y alma a la interpretación de la música cubana sin perder la condición humana de su trato, tanto con los músicos como con el público.

Al igual que Machado, Porro considera que Celia fue una profesional en toda la extensión de la palabra, tanto dentro como fuera de la tarima. Jamás introdujo el tema político cubano en las distendidas charlas con sus músicos acompañantes, antes y después de cualquier actuación, aunque no podía ocultar un desmedido amor por su patria y el dolor que le causaba la penosa situación padecida por el pueblo cubano. Quizás la única vez que Celia se atrevió a tocar el tema públicamente fue en Séptimo de Caballería, estelar programa musical de la Televisión Española que en 1998 la tuvo como invitada. Ante un comentario del presentador del programa, Miguel Bosé, que de cierto modo alababa la situación reinante en Cuba, Celia reaccionó con fortaleza, rechazando de plano cualquier reconocimiento del régimen que en su día le prohibió la entrada a la Isla, mientras su madre agonizaba, y que somete a todo un pueblo desde hace casi cincuenta años.

Quizás sea el timbalero panameño Beto Hernández, de amplísima experiencia profesional, quien conserva más frescas en su memoria muchas de las anécdotas del paso de La Reina por España, en la primera mitad de los años noventa. A Beto le maravillaba el hecho de que a Celia —ya una señora mayor— hubiera que

ayudarla a subir a la tarima y, sin embargo, una vez allí, fuera capaz de transformarse, convirtiéndose en una jovencita sandunguera. En confianza, me reveló este músico que las excelentes vibraciones que emanaban de Celia, y su magnética personalidad, sólo las ha sentido tocando con Andy Montañéz y con Oscar D'León. Nos cuenta Beto que, en su camerino, la cantante siempre tenía flores y una botella de cognac. Aunque no bebía habitualmente, siempre antes de comenzar a cantar tomaba una copita para templar la voz.

Al igual que sus colegas Machado y Porro, Beto afirma que La Reina no presumía de diva y tenía una asombrosa capacidad para ensamblar su voz y su tumbao con las características de la banda acompañante, la cual en ese momento era Canayón. Con vistas a las galas de Celia por España, a dicha banda se incorporaba una sección de viento-metal, reforzando su percusión.

El repertorio salsero interpretado por Celia traía la firma de arreglistas como Johnny Pacheco, y de otros talentos de la Fania All Stars: Luis Ramírez y Luis Perico Ortiz. Entre los temas se encontraban *Isadora*, *Ud. abusó*, *Yerbero moderno*, *Cuba qué lindos son tus paisajes*, *Bamboleo*, *Azúcar negra* y otros muy demandados por el público.

Confiesa Beto que resultaba una auténtica bendición haber escuchado algunos de esos temas siendo niño y, de repente, tocarlos con



Foto cortesía de Moisés Porro

Celia Cruz. Para Beto, Pedro Knight era una especie de alter ego de Celia. Además, era él quien dirigía la banda, al pautar invariablemente la introducción, el montuno, el mambo y la “moña”. Cuando correspondía el turno a ésta, Pedro se tocaba el mechoncito de pelo blanco que tenía encima de la frente, como un *coach* de béisbol da las señas a sus jugadores en el terreno de juego.

Las actuaciones de La Reina se producían siempre con el aforo al máximo de capacidad (mínimo, cinco mil personas). Cuenta Beto que en una memorable actuación en Murcia, en un anfiteatro con características de foro romano, Celia, cantando *Bemba Colorá*, improvisó un estribillo que decía: “Zapato que yo tiro, no me lo vuelvo a poner...” (es de conocimiento público que Celia coleccionaba zapatos, trajes y pelucas), y que el delirio de la concurrencia fue tal que todo el mundo se quitó los zapatos poniéndolos al pie de la tarima. Una muestra

de la estrecha conexión que establecía la genial artista con su admiradores.

Sus giras por España y sus contactos con músicos cubanos afincados en este país, tales como el bajista Alain Pérez y el pianista Pepe Rivero -cuyo fruto es uno de sus últimos discos, *Dios bendiga a la Reina*-, se mantuvieron casi hasta la aparición de la enfermedad que la condujo a la muerte. Sin embargo, la huella que dejó en el público español, que la recuerda con cariño y la asocia a Cuba gracias a su simpatía y a su ¡Asúcaaa!, resulta ya imprecadera.

Quizás lo más triste no sea propiamente la desaparición de Celia, sino el hecho de que no pudiera cumplir uno de sus más caros anhelos: encontrarse con su pueblo y cantar para él en el Parque Central de La Habana. No obstante, cuando ese concierto multitudinario ocurra, ella estará entre todos nosotros, celebrando el advenimiento de una nueva era para la nación cubana al grito de ¡¡Asúcaaaa!!